N

UN MARIDO INFELIZ,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. CALISTO NAVARRO.

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1870.

19

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

UN MARIDO INFELIZ.

Digitized by the Internet Archive
in 2020 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unmaridoinfelizj00nava_0

UN MARIDO INFELIZ,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. CALISTO NAVARRO.

Estrenado en el Teatro de Novedades el dia 4 de Octubre de 1870.

MADRID:
IMPRENTA DE EDUARDO CUESTA.—ROLLO, 6, BAJO.
1870.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	Sra. D.ª Balbina Lopez.
RICARDO	Sr. D. Segismundo Cervi.
ENRIQUE	Sr. D. Gabriel Gabia.
DON JACINTO	Sr. D. Pedro J. Moreno.

El autor tiene un placer en dejar consignado que todo el éxito que haya podido alcanzar su obra, ha sido debido á los actores que en ella han tomado parte: conste así, lo mismo que su agradecimiento al apreciable actor D. Segismundo Cerví.

La propiedad de esta obra pertenece á la Viuda é Hijos de Cuesta, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los propietarios se reservan el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA SEÑORITA DOÑA TERESA PACHECO.

En cumplimiento de una promesa, su amigo de la infancia

El Autor.

724827

ACTO ÚNICO.

Sala bien amueblada; puerta al foro y laterales; mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO leyendo, y MARÍA bordando.

RIC. Válgame Dios qué periódicos!
no dicen nada de bueno;
ya se ve, como el fiscal
les tacha á diestro y siniestro,
no tienen otro recurso
que hablar de modas, del tiempo,
ó de si ayer se ha perdido
un perro castaño ó negro.
Qué tiempos atravesamos!
si esto sigue así, estoy viendo
que el mejor dia, cual fieras,
unos á otros nos comemos.
Las artes están perdidas!
Pues y el comercio? El comercio
marcha de mal en peor.
Esto es horrible, tremendo!

MARIA. ¿Qué nos importa á nosotros
de las artes y el gobierno?
¿No tenemos lo bastante
para vivir?

RIC. Sí, tenemos;
pero es que me irrito al ver
ciertas cosas.

MARIA. Sí, va veo
que te olvidas de lo tuyo
para pensar en lo ageno.

RIC. No entiendo...

MARIA. Pues bien me explico.

RIC. Habla, pues.

MARIA. Hace lo ménos
una hora que estás aquí,
y ni siquiera un requiebro
me has dirigido.

RIC. Mujer!
y ahora salimos con eso!

MARIA. Pues me gusta! Hace once meses
que unidos en lazo eterno
vivimos, y hace once meses
que por más que te recuerdo
que el marido que bien ama
debe ser rendido y tierno,
no quieres satisfacer
un capricho tan pequeño.

RIC. Es verdad, perdóname,
y enmendarme te prometo.

MARIA. Siempre me dices lo mismo,
y tal enmienda no veo.

RIC. Si te he de hablar con franqueza,
es que despues no me acuerdo.

MARIA. Porque te tienes en más
y á mí me tienes en ménos.
Porque tal vez te entretienes
con una...

RIC. Válgame el cielo!
Si en más de dos ocasiones
no te digo chicoleos,
no es que cariño me falte,
pero es que me falta el tiempo.
Desde muy niño ocupado
en asuntos de comercio,
tal es la costumbre en mí,
María, que no me encuentro

si no estoy haciendo números!
el cálculo es mi elemento!
y entre buscar mi negocio,
reflexionarlo y hacerlo,
sin que por esto te olvide,
amigo, se pasa el tiempo.
Conque ya ves que no tienes
razon para tener celos,
como tenerlos no quieras
de los negocios que emprendo.

MARIA. Y me juras que no piensas
en ninguna otra?

RIC. No pienso
si no en tí. Y cómo pensar
si es tuyo mi pensamiento?

MARIA. Es verdad; soy una loca.

RIC. Te convences?

MARIA. Me convenzo,
y te prometo enmendarme.

RIC. Corriente: y ya que te dejo
contenta, voy á salir.

MARIA. Cómo? te vas?

RIC. Pronto vuelvo.

MARIA. Tan necesario es que salgas?

RIC. Sí, mujer: pues no ha de serlo!
Voy á ver á don Jacinto
para comprarle un terreno
que junto á los nuestros tiene.
Conque adios, hija, hasta luego.

MARIA. Anda, quédate. (Con zalamería.)

RIC. Imposible!
Si me está esperando.

MARIA. (Exaltándose por grados.) Bueno:
pues yo no quiero que salgas.
Lo oyes, Ricardo? No quiero.

RIC. Pero por qué?

MARIA. Porque no;
el negocio es un pretexto.
Don Jacinto no te espera,
y ya tu intencion penetro;
pero cazo yo muy largo!...

RIC. Pues eres mal perdiguero.

MARIA. De veras?
RIC. No seas niña.
Voy y al instante me vuelvo.
MARIA. Nada, he dicho que no sales,
y no saldrás.
RIC. Vaya! bueno,
me conformo; estaré en casa,
y en mi despacho escribiendo.
MARIA. Tampoco quiero que escribas.
RIC. Tampoco escribir? Me alegro!
Entónces, saldré al balcon
y contemplaré los tiestos.
MARIA. Conque al balcon?
RIC. No te gusta?
MARIA. Conque al balcon? Mucho ménos.
Quieres ver á las vecinas
y dirigirlas requiebros?
RIC. Sí, como son tan bonitas!
MARIA. Ah! son feas? Segun eso,
las has mirado otras veces?
RIC. Sí, por entretenimiento.
MARIA. Ya me lo temia yo.
RIC. Bien, mujer, miraré al cielo,
ó iré contando las tejas;
te avienes?
MARIA. Nada, no quiero;
lo que es al balcon no sales.
RIC. (Y aún hay quien envidie esto?)
MARIA. Qué dices?
RIC. Que en la guardilla
podré disfrutar del fresco...
Digo, no; porque si allí
hay ratas, te darán celos.
MARIA. Bien, búrlate cuanto quieras;
mas no sales con tu intento.
RIC. Todo lo que me sucede
me está bien, por majadero,
que la cosa se arreglaba
con una vara de fresno.
MARIA. Me amenazas? Vil, infame!
Sólo te faltaba eso.
RIC. María, tengamos juicio!

MARIA. Pégame, si es tu deseo.
RIC. (Prudencia, Ricardo.)
MARIA. Pillo!
RIC. María!
MARIA. Falso, perverso!
RIC. Ay Dios mio!
MARIA. Mal esposo!
RIC. Pero...
MARIA. Infiel!
RIC. Vete al infierno!
(Sentándose cada uno en su lado.)

ESCENA II.

DICHOS y ENRIQUE.

ENR. Se puede entrar?
RIC. Adelante.
ENR. Muy buenos dias.
RIC. Qué veo?
Enrique, tú por aquí?
ENR. Señora?...
MARIA. Tome usté asiento.
ENR. Gracias.
RIC. Has estado fuera?
ENR. En Leganés mes y medio.
MARIA. Loco?
ENR. No, por mi fortuna,
que cuerdo fuí y torné cuerdo.
Allí he pasado unos dias...
y aunque hace ya diez que he vuelto,
te he buscado inútilmente
en teatros y en paseos,
pero nada.
MARIA. Sale poco.
RIC. Sí, salgo poco, es muy cierto.
ENR. Le sujeta usted?
MARIA. Yo no:
él, que se ha hecho muy casero,
y por nada de este mundo
quiere dejarme.
ENR. Bien hecho.

MARIA. Por eso le quiero tanto.
RIC. (Ay! si me quisieras ménos!)
MARIA. Qué dices?
RIC. Que esos elogios
son más de lo que merezco.
ENR. Hoy hace un dia excelente,
y si tú quieres, iremos
á dar una vuelta al Prado.
RIC. Buen dia está! Corre un fresco...
(Puedo salir?) (Ap. á María.)
MARIA. (Ap. á Ricardo.) No.
RIC. (Alto á Enrique.) Pues mira,
no puedo salir, lo siento.
Ademas, hace un calor?...
ENR. Calor?
RIC. Sí.
ENR. Pues no lo siento.
RIC Espero, ademas, á uno...
ENR. Hombre, aunque sea un momento.
MARIA. (Alto.) Anda, sí, vete.
(Ap. á Ricardo.) No vayas.
RIC. Me es imposible; no puedo.
MARIA. Ve usted? pues siempre es lo mismo.
RIC. Siempre es lo mismo, en efecto.
(Pécora.)
MARIA. Ustedes tendrán
que hablar, y tal vez molesto.
ENR. Señora, qué disparate!
MARIA. Con todo, voy por adentro.
Nunca faltan en las casas
quehaceres. Vaya, hasta luego.
Adios, maridito mio.
RIC. Adios, mi dulce *tormento.*
MARIA. (Que no salgas.) (Ap. á Ricardo.)
RIC. (Id. á María.) (Bien, descuida.)
ENR. Señora!. .
MARIA. En seguida vuelvo. (Váse.)

ESCENA III.

DICHOS menos MARÍA.

ENR. Qué feliz eres, bribon,
poseyendo tal mujer!
RIC. Sí, chico, no puedo ser
un marido más... melon.
Á mí llamarme feliz?
Si dijeras al revés...
ENR. Cómo?
RIC. Á bien, que tú no ves
más allá de tu nariz.
ENR. Acaso el sagrado nudo
puede hacerte padecer
cuando tienes por mujer
un ángel?
RIC. Angel? patudo.
Oye de mi matrimonio
la historia, y te has de reir.
Esa que has visto salir,
no es mujer.
ENR. No!
RIC. Es un demonio!
En una noche fatal,
que siempre maldeciré,
tuve la desgracia de
ver á ese raro animal.
Asistia á una reunion
donde tambien yo asistia,
y cada vez que la via
sentia que el corazon
dentro de mi pobre pecho
con violencia palpitaba,
y comprendí que la amaba.
ENR. Muy bien hecho.
RIC. Muy mal hecho.
Su amor dicha me brindaba
y en pos de su amor corrí.
Dí un paso en vago, y no vi
que al abismo me lanzaba.

Pasó un dia y otro dia,
yo entusiasmado la amaba...

ENR. Y ella?

RIC. Me engatusaba
con la mayor maestría.
Por fin, un dia arriesgué
mi declaracion, y ví
salir de su boca un sí:
¿por qué no me suicidé?
Entre halagos y ternezas
pasaron dos ó tres meses
sufriendo yo los reveses
de sus fieras sutilezas.
Llegó el dia, la pedí,
me la dieron, me casé,
mejor dicho me aplasté,
más claro aún, me...

ENR. Sí, sí.

RIC. Ay, chico! desde aquel dia
ya no fué lo que era.

ENR. No?
Pues cómo?

RIC. Se convirtió
en una espantosa arpía.
Su genio se ha vuelto altivo,
ya me atruena con sus voces
y con sus celos feroces;
yo no duermo, yo no vivo.
En cada mujer cree hallar
una rival detestada.
No quiere tener criada,
porque me puede gustar.
Ni quiere que sólo salga,
ni quiere salir conmigo;
y si tengo algun amigo
y es casado. ¡Dios me valga!
Al salir—¿Á dónde vas?—
Al volver—¿Dónde has estado?—
Si callo—¡Cuánto has tardado!—
Si hablo—¿De dónde vendrás?—
Cuando confieso—¡Patraña!—
Cuando ruego, escandaliza.

Hoy me ofrece una paliza
y luego, chico, me araña.
No hay medio á que no recurra
para mirarme humillado,
y el dia menos pensado
me va á pegar una zurra.

ENR. Pero, hombre, me extraña en tí
que puedas tanto aguantar.

RIC. Qué quieres? por evitar
á todo digo que sí.
Mas un dia mi furor
estalla y la pego un palo...
Si le dan la razon, malo...
si no se la dan, peor.
Por cualquier cosa arma un pleito;
y tanto mi calma atenta,
que hasta me ajusta la cuenta
de las veces que me afeito.
Cuando estreno un pantalon,
creyendo que coqueteo,
me pone el semblante feo,
y ya tenemos funcion.
Me asesina su quimera
y sus contínuos recelos.
En fin, qué más? tiene celos
de la misma lavandera.

ENR. Con tu historia me estremeces;
mas, vamos, dí la verdad,
despues de la tempestad
no viene la calma?

RIC. Á veces.
Y lo más particular
es que cuando está... tratable,
es la mujer más amable
que te puedes figurar.
Y esto, vamos, me exaspera,
pues al hacerme sufrir
ha llegado á conseguir
que cada vez más la quiera.

ENR. Vamos, me dejas absorto;
tú lo dices y me obliga...

RIC. Por mucho, Enrique, que diga,

aún temo quedarme corto.

ENR. Deploro haber escuchado
tu historia en estos momentos;
pues despues de tus lamentos
¿quién no se encuentra escamado?

RIC. Cómo? Quizás?...

ENR. Sí, querido.
Cansado del celibato,
por mejor y más barato
quiero ascender á marido.

RIC. Hablas formal?

ENR. Muy formal.

RIC. Y estás decidido?

ENR. Sí.

RIC. Enrique, cerca de aquí
existe un ancho canal.
Ten lo que digo por cierto,
dando pruebas de cordura,
no hagas, por Dios, tal locura,
ántes que casado, muerto.
Si harto de la batahola
quieres dejar este suelo,
quizás te dará consuelo
el cañon de una pistola.
Pero hacer la tontería
de matarse con mujer
es terrible, y á mi ver
mas bien una cobardía.

ENR. No entiendo...

RIC. Falta el valor
cuando uno va á suicidarse,
y se decide á casarse,
muerte más larga y peor.

ENR. Te ofuscas.

RIC. Ya lo verás.

ENR. Acaso tú...

RIC. No lo creas.

ENR. No porque tú infeliz seas
lo hemos de ser los demas.

RIC. Qué sé yo!...

ENR. Vaya un afan!

RIC. Mujeres, eh? Mala leva!...

ENR. Recuerda que salió Eva
de una costilla de Adan.
RIC. Ahí tienes... la irreflexion
de esa bendita señora
nos hace vestir ahora
de levita y pantalon.
Si á la tal no se le antoja
saciar su instinto voraz
viviriamos en paz
sobrándonos con la hoja.
Contentos con el maná
que nos cayera del cielo,
felices y sin recelo
yendo de aquí para allá,
ni tuviéramos política,
que es la cuestion palpitante,
ni temer á cada instante
de llevar una filípica.
Sin sufrir los mil registros
que causa el dinero fiero,
pues no existiendo el dinero
tampoco habria ministros.
Conque ya ves tú la gloria
que nos usurpó inhumana
por comerse una manzana,
segun nos cuenta la historia.
ENR. Mas confiesa ingenuamente
que si la serpiente un dia
no hubiera...
RIC. Uf... Ya conocia
el terreno la serpiente.
¿Por qué al proponer su plan
no lo hizo á Adan?
ENR. Qué sé yo?
RIC. Porque sabia ya el no
que le hubiera dado Adan.
ENR. En fin, tú tendrás razon.
RIC. La experiencia me ha enseñado...
ENR. Mas nos hemos apartado
de la principal cuestion.
RIC. Ah! La de tu boda?
ENR. Sí.

RIC. Volvamos á ella, volvamos:
pero ante todo, sepamos
dónde vistes á tu hurí?
ENR. Como tú, en una reunion.
RIC. Malo!
ENR. Su bello semblante
se quedó desde este instante
grabado en mi corazon.
Y aunque al principio mostraba
algun desvío, advertí
siempre sus ojos en mí
fijos cuando no miraba.
La calle empecé á rondar
de mi bien, hasta que un dia
conseguí con alegría
su duro pecho ablandar.
RIC. Tu inocencia me exaspera.
Duro pecho! Saben tanto!
Unas veces cal y canto,
pero las más blanda cera.
Prosigue; qué más?
ENR. Ya sabes,
las cosas acostumbradas,
flores, suspiros, miradas...
RIC. No es necesario que acabes.
Por desdicha fuí muy diestro
en el sistema amoroso,
ese arte de hacer el oso
que aprendemos sin maestro.
Y es bella?
ENR. No tiene igual.
Con una gracia...
RIC. Ya sé.
ENR. Luego, una mano, y un pie,
y un semblante celestial.
RIC. Si en la cara se repara
todas son á cual mejor,
pero luego es un dolor,
la cara nos sale cara.
ENR. En aquel rostro divino
no puede caber falsía.
RIC. Igual pensé de la mia

y me ha salido pepino.

ENR. En fin, sea lo que sea,
déjame con mi ilusion.

RIC. Por mí que no haya cuestion,
adelante con tu idea.

ENR. Ricardo, hoy cuento contigo...

RIC. Puedes hablar sin temor.

ENR. Porque el padre de mi amor
es amigo tuyo.

RIC. Amigo!
Amigo mio tu suegro!

ENR. Justo.

RIC. Y sepamos. Quién es?
Dí.

ENR. Don Jacinto Valdés.

RIC. Don Jacinto! hombre, me alegro.
Es un señor muy tratable,
pero su cara mitad
es una calamidad,
para suegra inaguantable.
Con que Isabel es la que...

ENR. La misma.

RIC. Tienes buen gusto.

ENR. Harás...

RIC. Lo que sea justo.

ENR. Y le hablarás?...

RIC. Le hablaré.
Ademas, que hoy justamente
he de verle: pero dí,
estás decidido?

ENR. Sí.
De veras?

ENR. Enteramente.

RIC. Pues hijo, ya que el fracaso
no se puede remediar,
te procuraré casar,
aunque es peliagudo el caso.

ENR. Gracias, Ricardo!

RIC. (Da grima!)
Pero en fin, si es tú deseo...

ENR. Y accederá?

RIC. Ya lo creo!

Quitarse una hija de encima!

ENR. Tú me haces feliz.

RIC. No tanto,
y modera tu alegría;
lo hago lo mismo que iria
á llevarte al campo santo.

ENR. Demonio!

RIC. Así es la verdad.
Mas espera, voy á ver
cómo mi santa mujer
me da tanta libertad.

ENR. En tanto, con tu permiso,
á Isabel escribiré,
y de este modo podré
darle tan feliz aviso.

RIC. Obra de la misma suerte
que puedas en casa obrar.

ENR. Voy á escribir.

RIC. Di á firmar...

ENR. Qué!

RIC. Tu sentencia de muerte. (Váse.)

ESCENA IV.

ENRIQUE, solo.

Respira, corazon mio;
da libre rienda á la dicha.
y el placer que siente el alma
retrátese en mi pupila.
Si Ricardo me secunda
pronto Isabel será mia.
Mas no perdamos el tiempo
y escribamos la misiva.
«Alma mia, mi encanto, (Escribiendo.)
»luz de mis ojos,
»muy pronto gozaremos
»dulce reposo
»El que hace tiempo
»en fervientes plegarias
»pedia al cielo.
»Si don Jacinto sale,

»dí que te sientes
»indispuesta, y espera,
»pues iré á verte.
»Adios, mi bien,
»adios, sabes te quiere
»tu...»

RIC. (Saliendo precipitadamente.) Mi mujer!

ESCENA V.

RICARDO y ENRIQUE, despues MARIA.

RIC. Esconde, amigo mio,
pronto esa carta,
pues si la ve, de fijo
me echa las cargas.
Cierra el tintero;
(Segun va marcando el diálogo, Enrique vuelve lo escrito hácia abajo y cierra el tintero.)
la serpiente se acerca,
disimulemos.

MARIA. Ya creo que habrán tenido
ustedes tiempo de hablar.

ENR. Nos hemos entretenido
un rato en filosofar.
Este ha sido tan amable
que me ha referido...

MARIA. El qué?

ENR. Un cuento despeluznable.
Una historia...

RIC. (Ap. á Enrique.) (Cállate!)

MARIA. En soltándole la rienda,
Ricardo hace unas monadas...

RIC. Hija, si era... una leyenda
del tiempo de las cruzadas.

MARIA. Habrá moras en el cuento?

ENR. Sobre todo una divina.

RIC. Quieres callar! (Ap á Enrique.) (Qué tormento
de fijo se arma bolina.)

ENR. Jesus! Son las tres en punto!
Vienes? (Á Ricardo.)

RIC. (A Amparo ap.) (Voy?

MARIA. (Á Ricardo ap.) De ningun modo.)
RIC. No puedo.
ENR. Adios, y mi asunto
no lo olvides sobre todo.
Señora, á los piés de usted.
MARIA. Adios, Enrique. (Bribon!)
RIC. (Ay! que semblante! aquí fué
donde feneció Sanson)

ESCENA VI.

RICARDO y MARÍA.

RIC. Ya ves, fiel á tu mandato
sumiso en casa me quedo.
Estás ya contenta?
MARIA. No.
RIC. Entónces no lo comprendo.
MARIA. Qué tratabas con Enrique?
RIC. Nada.
MARIA. Sí, algun trapicheo,
y ya que tú no podias
salir, porque no te dejo,
le habrás encargado á él
que vaya á ocupar tu puesto
ó á presentar tus disculpas.
RIC. Válgame el Señor! qué genio!
MARIA. Las verdades siempre amargan.
RIC. Dale!... Y ahora que me acuerdo,
ya que no salgo de casa
segun tu *mandato* expreso,
escribiré á don Jacinto
para que venga, y hablemos
con respecto á nuestro asunto.
MARIA. Escribir? otro pretexto.
RIC. María!
MARIA. Yo dictaré
la carta.
RIC. Tambien me avengo.
MARIA. Siéntete.
RIC. Ya estoy sentado.
MARIA. Puedes empezar.

RIC. Empiezo.

MARIA. (Dictando.) «Señor don Jacinto Valdés: Muy »señor mio y amigo. Siéndome imposible »asistir á la cita por causas agenas á mi vo- »luntad...»

RIC. Esta sí que es, cara esposa,
una veroad como un templo.

MARIA. «Agenas á mi voluntad, le suplico se toma »la molestia de pasarse por esta su casa...»

ESCENA VII.

DICHOS y D. JACINTO.

JAC. Felices dias, señores.

RIC. Don Jacinto! tanto bueno
por mi casa?

JAC. Sí señor.

MARIA. Á usted le estaba escribiendo
rogándale que viniera.

JAC. Pues ya estoy aquí.

RIC. Me alegro.

JAC. Como ayer noche quedamos
en que era preciso vernos,
y no acudió usted á la cita,
dije para mis adentros:
cuando este amigo no viene
debe estar por fuerza enfermo;
iremos á verle.

RIC. Sí;
pues mire usted, con efecto,
estoy malo.

JAC. Es caso grave?

RIC. Ah, no señor, un divieso
(esto va por mi costilla)
que en el espinazo tengo.

JAC. Eso no es nada. La sangre;
ya se ve, con este tiempo...
pero se cura en seguida.

RIC. No señor, el que yo tengo
es de marca. Caracoles!
me da unos ratos tremendos.

JAC. En ese caso se saja
y se acabó el sufrimiento.
RIC. Ay, si pudiera! María,
si me hicieras el obsequio
de sacarme una camisa...
MARIA. Vas á salir?
RIC. Lo sospecho,
si don Jacinto se aviene
á mis planes...
JAC. Ya veremos.
RIC. Conque vas?
MARIA. (Al fin se marcha!)
Con mucho gusto; hasta luego.
(Don Jacinto es un buen hombre,
de formalidad y peso,
y yendo con él no puede ..) (Se va.)

ESCENA VIII.

RICARDO y D. JACINTO.

RIC. Conque vámos, tome asiento
y hablemos de nuestro asunto.
JAC. Cuando usted quiera.
RIC. Primero;
usted debe recordar
que junto al Puente Viveros
adquirí hace algunos meses
ocho mil piés de terreno?
JAC. Sí señor; y justamente
lindando tengo con ellos
yo tambien algunas tierras.
RIC. Ajá! Ya llegó el momento.
JAC. Hable usted.
RIC. Para el futuro,
y dando cima á un proyecto
que conocerá más tarde,
comprar quiero ese terreno
de su propiedad.
JAC. Ah! ya!
Ahora sí que lo comprendo.
RIC. Usted los compró baratos

y yo pagarle deseo
á doce reales el pie.

JAC. Pero...

RIC. Á trece... á trece y medio.
Me parece que me pongo
en la razon.

JAC. Si no es eso!
La dificultad aquí
es que mi esposa Loreto
tiene capricho de hacer
una casa de recreo
en esos sitios, y yo,
que sus caprichos respeto,
quisiera darle ese gusto.

RIC. Y por tan futil pretexto,
por un femenil capricho
perder un negocio bueno;
dejar de ganar seis reales
en cada pié de terreno...

JAC. Es cierto, mas. .

RIC. Nada, nada,
no hay que hablar, negocio hecho.
No es así?

JAC. Si usted se empeña...

RIC. Así me gusta; al momento
voy á vestirme y á casa
de don Salvador iremos
á extender las escrituras.
¿No le parece á usted?

JAC. Bueno!

RIC. Pues espere unos instantes
y salgo.

JAC. Prisa no tengo.

RIC. Ahí en la mesa hay periódicos
para entretener el tiempo. (Sale.)

ESCENA IX.

D. JACINTO solo.

El bueno de don Ricardo
siempre con el mismo genio.
Da gusto tratar con él.

Qué práctico en el comercio!
Qué actividad! Asombrosa!
Y cómo aprovecha el tiempo!
Esta debe ser su carta.
Don Jacinto!... (Leyendo.) Con efecto
la misma, no la acabó.
Escrito al dorso! Qué veo?
(Leyendo.)
«Alma mia, mi encanto,
»luz de mis ojos,
»muy pronto gozaremos
»dulce reposo.
»El que hace tiempo
»en fervientes plegarias
»pedia al cielo.
»Si don Jacinto sale
»dí que te sientes
»indispuesta, y espera,
»pues iré á verte.
»Adios, mi bien,
»adios, sabes te adora
»tu... «San Miguel!»
¿Qué esto, cielos, qué duda
atormenta mi cerebro?
Esta carta, la conducta
que há un mes observa Loreto,
sus repentinas jaquecas
y sus ataques de nervios!...
Ahora lo comprendo todo!
Ahora se aclaran los hechos!
Por eso cuando la digo
que salgamos á paseo,
se queja del reumatismo
y se niega á mis deseos.
Con que es decir que me engaña!
Con que soy un... majadero?
pero guay de los infames!
feroz será el escarmiento.
Sangre, necesito, sangre!
Que venga ese matutero
y voy á hacerlo pedazos.
Que me traigan al perverso.

(Recorre la escena gesticulando y tirando los muebles.)

ESCENA X.

DICHO y MARIA.

MARIA. Qué gritos? Qué ruido es este?
qué sucede, caballero?
JAC. Que su esposo es un infame.
MARIA. Repórtese usted.
JAC. No puedo.
Estoy furioso, señora!
Señora! mire usted esto!
MALIA. Una carta!
JAC. Dirigida
á mi esposa!
MARIA. Santo cielo!
JAC. Venganza!
MARIA. Voy á arañarle!
JAC. Oh! Que se cuente por muerto!
MARIA. Los màridos! Los maridos!
Si es tontería, al más bueno
se le debia de dar
estrignina como á un perro.
JAC. Él sale, yo lo estrangulo.
MARIA. De esta hecha lo dejo ciego.

ESCENA XI.

DICHOS y RICARDO.

Durante toda esta escena debe contrastar el furor comprimido de D. Jacinto con la calma y naturalidad de Ricardo.

RIC. Amigo, cuando usted quiera,
ya me tiene usted dispuesto.
JAC. Con que usted quiere que vaya?...
RIC. Sí señor, y ha de ser luego,
porque...
JAC. Donde usted va á ir
muy pronto, es al cementerio.
RIC. Hombre, lo creo difícil,

me encuentro bastante bueno.

JAC. No siente usted nada aquí? (En el pecho.)

RIC. Jamás padecí del pecho.

JAC. (Vamos, su calma me irrita.)

RIC. Conque andando...

JAC. Nada de eso,
usted no sale de aquí.

RIC. (Tambien este? Pues me alegro.)
¿No hay que firmar la escritura
del terreno?

JAC. Ese terreno
le va á usté á costar muy caro.

RIC. Si ya lo sé! Á trece y medio.

JAC. No señor, á mucho más.

RIC. Pues hombre, eso está mal hecho:
y si su esposa de usted
tiene un capricho, no creo
que lo deba pagar yo.

JAC. Infame! (Cogiéndole del pescuezo.)

RIC. Estése usted quieto.
(Señor, se habrá vuelto loco?)

JAC. No finja usted, caballero,
mi esposa al salir de casa
estaba enferma.

RIC. Lo siento.
Me alegraré que se alivie;
y si hace falta mi médico,
Arenal, cuarenta y dos,
principal; hay entresuelo.

JAC. Basta de farsa cobarde,
todo está ya descubierto,
y voy á tener el gusto
de irle mutilando el cuerpo
miembro por miembro.

RIC. Pero, hombre!
(Vaya un entretenimiento.)
Vea usted.

JAC. Basta, insolente;
y si es usted caballero
aguárdeme usted aquí
mientras de armas me proveo,
que despues, despues...

RIC. Despues?
qué sucederá?
JAC. Saldremos
al campo, y allí ¡zís, zás!
RIC. Zís, zás! pues no lo comprendo.
JAC. Pronto vuelvo. (Váse precipitadamente.)
RIC. La del humo.
(Señor, y este hombre anda suelto?)

ESCENA XII.

RICARDO y MARIA.

MARIA. Ay, Dios mio! (Llorando.)
RIC. Por mi nombre!...
está llorando? Hija mia,
qué te pasa?
MARIA. Suerte impía!
traidor, infame, mal hombre!
RIC. Agua va! Pero qué pasa?
El uno quiere pincharme,
y tú empiezas á insultarme
sin saber...
MARIA. Me voy de casa.
No quiero permanecer
ni una hora más á tu lado
RIC. Pero, atiende...
MARIA. Desalmado!
RIC. Ten calma y vamos á ver
por qué me tratas así?
MARIA. Bien lo sabes.
RIC. Cuando digo...
MARIA. Engañas á un buen amigo;
haberme faltado á mí!...
RIC. Mas quién este embrollo traza,
por dónde mi falta asoma?
MARIA. Pues ya que lo quieres, toma,
y muérete de vergüenza. (Dándo le la carta.)
RIC. La carta de don Jacinto?
MARIA. Adivinas ya, traidor?
Es la conciencia!
RIC. Señor,
no entiendo este laberinto.

ESCENA XIII.

DICHOS y ENRIQUE.

ENR. Ya estoy de vuelta. Señora!...
MARIA. Ay Enrique, qué desgracia!
ENR. Qué sucede? (María habla ap. con Enrique haciendo grandes aspavientos.)
RIC. Pues señor,
por más que leo la carta
no atino, letra española,
ninguna falta ortográfica,
buen papel, canto dorado...
ENR. De veras? Quién lo pensara?
MARIA. Allí está, mírelo usted.
agobiado por su falta.
ENR. Voy á hablarle, y tal vez logre...
MARIA. No conseguirá usted nada.
ENR. Pero, Ricardo, es posible?
RIC. Eso dicen.
ENR. No te espanta
tu conducta?
RIC. Casi, casi.
ENR. Preciso es que sin tardanza
olvides á esa mujer.
RIC. Corriente; por mí, olvídada.
(Y no lo prometo en balde,
no sé quien es la tal dama.)
ENR. De veras?
RIC. Y tan de veras.
ENR. Bien, Ricardo; así me agrada.
La falta era atroz!
RIC. ¿Tú sabes
entónces cuál es mi falta?
Pues, mira, vas á decírmela
ó voy á romperte el alma.
ENR. Pero...
RIC. Lo dicho, me acusan
por escribir una carta
que mi mujer me ha dictado,
y por más que la repasan
mis ojos, me vuelvo loco

y no encuentro en ella nada
que pueda causar...

MARIA. De veras?
Y en el dorso?

RIC. En el dor... Cáscaras!
Pues es verdad. (Leyendo.) «Alma mia,
mi encanto, luz de mis...»

ENR. Calla!
si eso es mio!

RIC. Cómo, tuyo?

ENR. Justamente! Esa es la carta
que yo á Isabel escribí.

RIC. Ahora entiendo la maraña.
Como al salir mi mujer
la volvistes, yo á la espalda
le escribí al buen don Jacinto.

MARIA. Y eso es verdad?

ENR. Mi palabra
de honor, señora.

MARIA. (Con zalamería.) Ay, Ricardo,
perdona mi estravagancia!
Yo creí...

RIC. Malditos celos,
que de todo han sido causa.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y D. JACINTO, que viene con un par de floretes, uno debajo de cada brazo, y un par de pistolas en la mano.

JAC. Cuando usted guste!

RIC. Un momento.
La carta que usted leyó
no era mia.

JAC. Con que no?

RIC. Cese ya el resentimiento.

JAC. Nunca!

RIC. Deje que me explique...

JAC. Basta! Mi paciencia es harta...

RIC. Es que el autor de la carta
ha sido, mi amigo Enrique.

JAC. El señor? Bueno, es lo mismo,

dispense si le ofendí. (Á Ricardo.)
Véngase usted tras de mí. (Á Enrique.)
Voy á romperle el bautismo.

RIC. Calma, calma, por Luzbel.
Los piropos que leyó,
aunque éste los escribió,
fueron á su hija Isabel.
Yo, despues, inadvertido
en el respaldo escribí
la carta de usted, y ahí
está todo.

JAC. Comprendido.
De manera que el señor
quiere á mi hija?

ENR. La adoro!

RIC. Y yo su clemencia imploro.

JAC. Y el bromazo?

ENR. Por favor!...

JAC. En fin, ya que es su deseo
me avengo, los casaré.
Crescite!...

RIC. No siga usted. (Interrumpiéndolo.)
Don Jacinto, que eso es feo.

MARIA. Y á mí, me perdonas?

RIC. No!

MARIA. Esposo!

JAC. Vamos!

ENR. Clemencia!

MARIA. Ya de sobra tu inocencia,
Ricardo, me castigó.
Yo te juro que seré
irreprensible de hoy más.

RIC. De veras? Corregirás
tu falta?

MARIA. Sí, por mi fe.

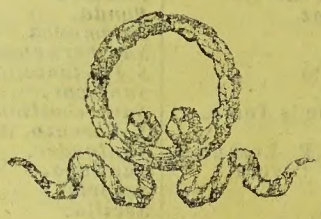
RIC. Aunque pasion arraigada
es difícil que se enmiende,
me avengo, pero depende
tu perdon, de una palmada.

FIN.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avilaj.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Gluli.
Ferro	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegre .
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana. y
Habana.	M. Lopez Compañia.
Haro.	P Quintanna.
Huelva.	J. P. Osorio.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez dex*Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabezas..
Lugo.	Viuda de Pujol
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. d Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prins.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.·
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F. Navarro y J Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodriguez
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.